



UN ASCETA
EN LA CORTE
NAZARÍ

LOS SIETE MISTERIOS DE LOS SENTIDOS,
LA IMAGINACIÓN Y LA CREATIVIDAD

(Relato de sombras)

por
José Miguel Puerta Vílchez

UN ASCETA EN LA CORTE NAZARÍ.

LOS SIETE MISTERIOS DE LOS SENTIDOS, LA IMAGINACIÓN Y LA CREATIVIDAD

José Miguel Puerta Vílchez

Nairus Bakour: diseño, maquetación e ilustraciones inspiradas en
las miniaturas de al-Wasiti y en el teatro de sombras árabe

1ª edición: 2016

Edita: Editorial Universidad de Granada.

JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura. Patronato de la Alhambra y Generalife.

© Textos árabe y español: José Miguel Puerta Vílchez.

© Editorial Universidad de Granada,

© Patronato de la Alhambra y Generalife.

ISBN: 978-84-338-5845-0

Depósito Legal: GR 924-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista.

Esta ficción con manuscrito de los siglos XIV y XXI, en homenaje a la energía creadora del número 7, te invita a manejar con las manos y la imaginación, aquellos títeres y sombras de tu infancia.

Prefacio

Diríase que la energía organizadora de los arquetipos, que trasciende incluso a la codificación de los lenguajes y de las estructuras sociales y simbólicas que configuran las civilizaciones, es la que moldea nuestra psique y la que nos hace buscar y disfrutar de espacios como los de la Alhambra, a pesar de la penumbra que a menudo envuelve al conocimiento exacto de su historia y de sus formas, y lo que es más llamativo aún, dicha fuerza arquetípica es la que nos impulsa a imaginar el mundo así ordenado y nos hace reproducir, inconscientemente, sus ideales y esquemáticos modos de operar. Por ello, cuando el Centro Mediterráneo de la Universidad de Granada me invitó a participar en un seminario sobre el Palacio de Comares en septiembre de 2002, no pude sino volver la mirada hacia Damasco y retomar la aventura de

este asceta de la Granada nazarí, gestada en la capital siria durante unos encuentros sobre arte y sufismo organizados en la primavera de 2001 por el Instituto Cervantes en Damasco. Lo que fue una ensoñación árabe granadina leída por primera vez ante el público en el Museo Nacional de Damasco, veía ahora la luz, con la simetría del paradigma y en español, en la colina de la Alhambra y en el propio Palacio de Comares. El itinerario circular del asceta nazarí, y del presente texto, decidían pues cerrarse. Pero he de confesar que, cuando daba forma a este relato, me vi sorprendido por el cúmulo de azares al que me precipitó la experiencia, producto, con casi toda seguridad, de la poderosa urdimbre arquetípica con que parece estar tejida nuestra mente. Aunque la trama del texto que sigue se reduce a la recreación de unos cuantos datos históricos, los extraídos de la escueta biografía que del asceta del Valle de Lecrín, Ibn Ya'far al-Conchi (al-Qunchi), incluye Ibn al-Jatib en la *Ihata*, y a una supuesta visita de dicho

asceta a la corte de Yusuf I a la hora de su definitivo regreso a Granada, recreación emprendida con el único fin de reflexionar, en un tono algo más lúdico al que acostumbramos a utilizar cuando asumimos el papel del historiador del arte, del arqueólogo o del arabista, sobre algunos de los problemas candentes en la época en que se edificaba el Palacio de Comares en la Alhambra, lo cierto es que el mismo relato se vio inintencionada, pero irremisiblemente, atrapado en la misma red de símbolos que pretendía ilustrar. En efecto, la peripecia de este asceta nos conduce ante el debatido tema en el islam clásico de la moralidad o no de la arquitectura monumental, defendida por unos en tanto modo de simbolización de la realeza con el fin de cohesionar a la sociedad, censurada por otros atribuyéndola al afán de lujo y dominio de los potentados, o nos acerca a las disputas sobre la verdad y la mentira en el arte, o sobre la función del artista cortesano y las relaciones entre literatura, arte y pensamiento en la Granada nazarí, y todo ello

con el telón de fondo de las duras condiciones económicas y los conflictos sociales que afectaban a la población granadina del siglo XIV, lo que llevó a amplios sectores de la misma a ampararse en formas populares de misticismo y ascetismo, en ocasiones alentadas por el mismo sultanato, a veces temidas y perseguidas por éste y por el estamento oficial malikí. Mas, las coordenadas, nunca absoluta y racionalmente premeditadas, de la historia de al-Conchi terminaron por erigir su propio mundo imaginal, de aliento platónico tal vez. Los esquemas del pensamiento místico se solapan, y se contraponen, con los de la arquitectura áulica. Al viaje juvenil al Oriente en pos de la iluminación y el saber emprendido por el protagonista de la historia, le sigue un viaje de retorno al origen, pero también al ocaso del Occidente, de la misma manera que la visita de nuestro asceta a los palacios de la Alhambra parece evocar un esforzado camino de ascenso, y de afuera hacia dentro, que si bien le hacen recuperar al amigo perdido y solazarse con sus creaciones

artísticas, pronto le recuerdan el oscuro motivo de su exilio y le empujan a completar su postrero retiro alejado de la corte. Aquí los símbolos se empeñan en confrontarse arquetípicamente: la ciudad y sus oropeles frente a la sencillez del campo, el jardín áulico frente al pequeño huerto, la gran torre regia frente al perdido torreón de Cónchar, la majestuosa representación de los siete cielos del salón del trono creados por el artista, frente a la contemplación de la sublime maravilla del firmamento creado por Dios. Y el número siete actuó, por supuesto, de acuerdo con su mágica reputación: no sólo mi incrédula mirada llegó a advertir, *in extremis*, la alusión a los siete cielos introducida por Abu l-Barakat al-Balafiqi en el poema que le brindó a su amigo asceta del Valle de Lecrín y que conservó Ibn al-Jatib en la *Ihata*, sino que reparé después, con estupor, en que dicho poema se componía, precisamente, de siete versos. Así las cosas, y ante la no menos enigmática y gozosa fortuna de tejerse el relato en dos piezas de siete casuales pá-

ginas cada una, fingí haber recuperado, de la obra perdida de Ibn Ya'far al-Conchi, siete misterios consagrados a la creación artística y la imaginación. Imité con palabras del siglo XXI las imágenes de aquel cerebro del siglo XIV, le hice pensar lo que con casi toda seguridad nunca pensó y hasta me atreví a comprender su visión del mundo y sus sentimientos, aunque, eso sí, siempre trate de ser fiel a la moderación de su sufismo y a su bondadosa condición. Finalmente, he de advertir que varios colegas de España, Siria y el Magreb consagrados al estudio del sufismo, y que tuvieron la oportunidad de conocer los primeros borradores árabes de este relato, me solicitaron encarecidamente una copia del manuscrito de Ibn Ya'far al-Conchi, no sé si porque fui demasiado lejos al imitar la voz de nuestro asceta de Cónchar o debido simplemente a la sorna y el buen humor con que se suelen adornar las almas que se ocupan a diario de las sutilezas del espíritu y del corazón.

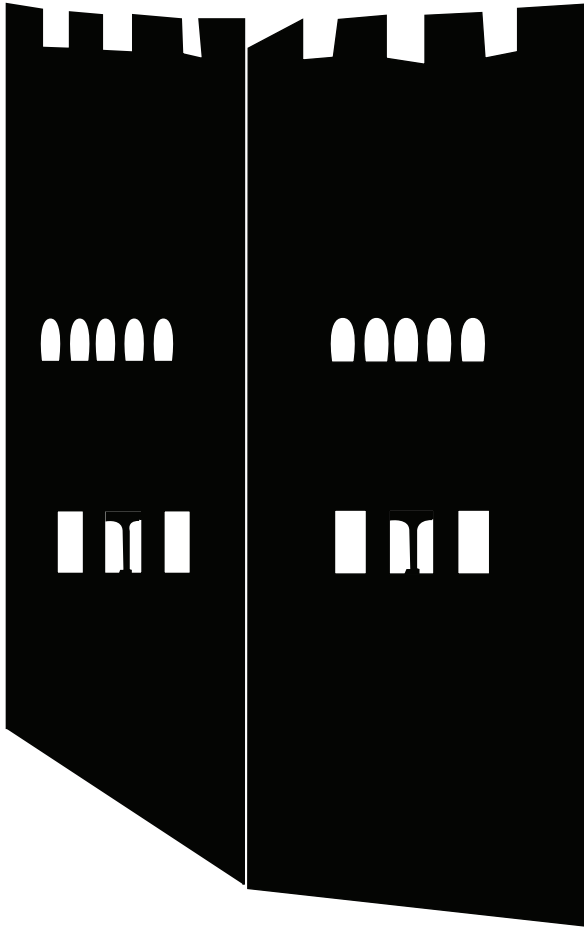


UN ASCETA
EN LA CORTE
NAZARÍ

LOS SIETE MISTERIOS DE LOS SENTIDOS,
LA IMAGINACIÓN Y LA CREATIVIDAD

*... enfermedad a causa del mundo y sus oropeles,
esa es mi dolencia.*

Ibn Ya'far al-Conchi



Durante la agotadora ascensión a la Sabika, Ibn Ya'far al-Conchi se encontraba inmerso en un profundo estado de estupor del que no se había desprendido desde su regreso, la noche anterior, del viaje a Oriente que estuvo a punto de arrancarlo de su lugar de origen para siempre. Sólo había podido descansar un par de horas en un pequeño catre del funduq situado en el zoco de la medina. El mayordomo de nuestro señor el sultán se presentó al amanecer para despertar al peregrino retornado y conducirlo ante el Príncipe de los Creyentes. Después de más de tres décadas de ausencia, al-Conchi ya no era aquel joven que un día abandonó Iqlím Garnata (el Valle de Lecrín) para buscar la Fuente del Sol y el Esplendor, o quizás huyendo de la necedad y arbitrariedades de algunos potentados. Ahora, ahí montado en la acémila del mayordomo del sultán en dirección a la Sabika, siente que el mundo en derredor es mucho más extraño que nunca. ¿De qué sirve regresar a una ciudad que se ha transformado en una gran urbe en cuyos angostos barrios amurallados

bullen ingentes bandadas de almas llegadas de todos los rincones del mundo habitado, huyendo de la maldita epidemia de peste que acaba de extenderse incluso hasta el reducto de los Banu Nasr, según fue informado al-Conchi en Ifriqiya cuando se disponía a embarcarse rumbo a al-Andalus? ¡Qué desgraciado es quien no se libera de la perpetua nostalgia del origen y las raíces! El alocado ajeteo que había en su antigua ciudad lo tenía desconcertado, ya que, junto con las idas y venidas de la gente por los zocos y el correr de hombres, mujeres y niños trasladando enfermos a hospitales y casas, dentro del estado de movilización general decretado en el reino para combatir la epidemia, se movían por todos los rincones de Granada grupos no habituales de soldados y hombres armados. Le sorprendieron, de igual modo, los trabajos de construcción extendidos por doquier, principalmente en la colina de la Sabika, de la que sólo conocía en su juventud las murallas y algunas torres de la Alcazaba, más unas pocas y modestas edifica-

ciones contiguas. En esta fría mañana, Ibn Ya'far se quedó impresionado por el cúmulo de elevadas torres que des-puntaban sobre aquel límpido cielo, y le asaltó una con-tradictoria sensación de temor y orgullo ante la grandeza que adquiriría su pequeña ciudad, tantas veces desangrada en el lodazal de la guerra civil. La acémila se detuvo para recuperar el aliento bajo la Puerta de la Xaríá (de la Justi-cia). Su anciano viajero lanzó una mirada de perplejidad y asombro frente a tamaña construcción. El mayordomo de su majestad abrió por primera vez la boca para indicar: «Nos apuramos en concluir la gran puerta con el fin de honrar nuestro glorioso credo coincidiendo con la inminente efemé-rides de la Natividad del Profeta –Dios le bendiga y salve–». Al-Conchi se demoró leyendo la inscripción grabada con una elegante y esbelta caligrafía cursiva sobre tres anchas lozas de mármol, mientras tres obreros se aplica-ban en dejarla bien fijada en el arco de entrada junto a los símbolos de la mano y la llave protectores del lugar:

Ordenó construir esta puerta, llamada Bab al-Xaríá -¡Dios haga venturosa con ella la Ley del islam y en motivo de gloria permanente a través de los tiempos la convierta!-, nuestro señor el Príncipe de los Musulmanes, el sultán justo y combatiente Abu l-Hachách Yusuf, hijo de nuestro señor el sultán venerado y combatiente Ibn al-Walid ibn Nasr -¡Dios recompense en el islam sus obras virtuosas y acepte sus esforzadas hazañas [por la causa de Dios]!-. Y esto pudo concluirse en el mes del excelso Nacimiento del año 749 [30 de mayo-28 de junio de 1348]. ¡Que Dios en dispositivo protector la transforme y entre las eternas obras pías la consigne!

Nada más reanudar Ibn Ya‘far la marcha a lomos de la montura del mayodormo de palacio para penetrar por la Puerta de la Justicia, su mirada se encontró con la de un hombre de baja estatura, igual que él, y de semejante edad y facciones, que dejó en el acto de impartir indicaciones a los obreros que colocaban la inscripción para lanzarse, con lágrimas en los ojos, a besar los pies del peregrino retornado:



VEGETAL